

# Carta a LeRoi Jones

---

Autor: Stella Calloni

---

*De Donde baila la tierra (Antología).*

¿Llovía aquella tarde sobre la Quinta Avenida

sobre las manos que la usura transformó en

garras

sobre los ojos que el tiempo de esclavitud

o círculos de cadenas herrumbradas

transformaron en palomas bélicas?

No sé realmente qué pasaba,

en el Greenwich Village tampoco se sabía

mucho,

alguno se desbordaba aullando como un saxofón,

también la locura es un gesto de rebeldía

en aquellos lugares donde la piedad o el vuelo

o la ternura

son arrojados a los canastos de los grandes

basurales

entre gatos perdidos y nieves locas.

No sé realmente qué pasaba cuando escuché  
tu voz,  
quedé aturdida, hablando a gritos, saliéndome  
de mí.

Andabas revolviendo tu dedo en cada llaga  
abierta de la senectud,  
sobre la sombra de Ginsberg, sobre tu propia  
piel, que a veces extravía la dulzura.

Yo te escuché, pero te advierto,  
antes había conocido a Aimé Cesaire  
ciertamente antes que a ti,  
cuando los pajaritos caribeños le comían  
los ojos, las pestañas  
y algunos lloraban debajo de los grandes  
bananales de los imperios,  
de las palmeras y los mares.

Lo conocí antes que a ti,  
cuando llamaba con su boca ardiendo,  
sin piedad, cavada de líquenes y algas antillanas,  
llamaba amorosamente «negro» a su propio pie,  
y sus dedos se deshacían bajo la magia

de su propio color.

Aprendió el principio del amor dedo por dedo  
y así amaba a los otros,  
decía a un hombre agobiado por ojos tan  
profundos, que las llagas no le penetran nunca:  
-negro, hermoso, negro- le decía  
y al hombre le crecían unas alas acuosas  
y miraba de cerca, altivamente, con un vuelo  
vago,  
a los grandes mercaderes de la fruta.

Pero ¿sabes?, urgida por mis propios oleajes  
aprendí otras cosas, como los versos  
despachados cablegráficamente -al servicio  
de otros asuntos menos bellos- o locos  
al viento, ácidos, dulces, locuaces,  
saltando por las vocales y las consonantes,  
pervirtiendo al fin las vaguedades  
de la poesía rosada.

Desde Walt Witman, convertido en una  
catedral de dedos humanísimos,  
desde entonces hasta ahora, pasaron los

silencios,  
las dudas, los crímenes,  
las cópulas bestiales  
los violinistas se enloquecieron,  
un guitarrista tocaba con una cuerda sola  
y te aseguro Leroi  
que toda la poesía de tu cuerpo andaba  
flotando por ahí.

Leroi Jones

soy una blancucha miserable, que sé agazaparme  
como tú y esperar al enemigo  
de frente,  
también conozco día por día tu historia,  
al fin nacimos de la misma magia  
y las mismas águilas nos devoraron  
para siempre la ternura,  
aunque yo la defienda a todas horas y ella  
sea mi arma sobre las tierras bajas.

Leroi Jones, «de vuelta a casa» viste demasiadas cosas.

Te fue dado ver como un paisaje bíblico

el revés de la trama,  
tu dedo tocó con furor tanto páramo y tanta  
mentira,  
realmente no son los blancos,  
o sí, es cierto, todo comenzó para ti con  
esos barcos navegando entre lamentos  
con bajeles hechos de hermosísima piel  
arrancada a las esclavas negras,  
quizás todo comenzó para ti con esos  
cazadores de niños por las selvas  
esos niños que siempre te dolerán  
como una espina de tuna en la garganta,  
pero la historia tiene además otras sombras  
que yo no puedo contarte en una carta,  
sólo te hablo de las mías, repetidas tantos  
millones de veces quieras.

Aquí estamos nosotros,  
los subdesarrollados, los subverdes,  
hombres y mujeres que nos besamos  
absurdamente tristes,  
consumidos por cuanto perro suelto del odio

ambule por las calles,  
o a veces, francotiradores que nos volvemos  
con palabras o miradas furtivas o fusil.

Aquí, en este sur violento y miserable, sólo  
basta con tener una boca profunda  
para que te persigan como a un lobo,  
como a un asesino feroz, enturbiando la quietud  
de estas aguas,  
que en realidad son lodo.

También los perros están entrenados para  
cazarte  
bajo las luces de los grandes reflectores  
y las águilas saben muy bien —previo aprendizaje  
en algunas escuelas del norte- cómo  
pueden desollarte los ojos,  
y aprendemos los altibajos de la economía  
y la ferocidad de la colonización  
sobre nuestros dulces cuerpos  
a señal de garrotes, o sirenas rompetímpanos,  
o picanas hundidas  
más de todo el tiempo que un hombre

puede conservar la voz.

A veces,

cuando estás escribiendo un poema

pueden llegar a buscarte y llevarte con las manos

atadas, a cuenta de todo lo que has o no has hecho

y puede que ya nunca regreses con tus muslos

o cadera o boca ardiendo, delirante.

El periodismo informa de esos bellos perdidos

miserables,

y tú leerás al pasar

como quien lee un grabado en un árbol

y no entiende toda la desolación o la ternura

que se quedaron por ahí, con sus fuegos

y sus miserias.

Así andamos Leroi Jones

caminando al borde de muelles de cartón

y barcos de papel y ríos de cenizas donde uno

puede caer a cada rato

y toda la dulzura quedarse por allí

como en un pozo ciego.

Leroi,

piensa en lo que mi corazón anduvo queriendo

decir,

escucha la geografía, lee el mapa de América

y trata de poner un signo

amorosamente hecho con estas manos

que te amarán en algún amanecer.

«El subdesarrollado vive en la periferia

del amor», dicen algunos,

«el negro vive en la periferia del amor»

y el colonizado, ese bailarín loco

danzando en las macumbas y en los ritos

con sus pobres huesos, que ya no lo resisten más.

Sólo la mansedumbre, tan sólo la mansedumbre

es terrible ahora,

porque los chacales nunca aprendieron a mirar

estos pechos nuestros, hechos a manera comba o

cilíndrica,

pero tan dulces, tan furiosamente dulces.

Ya ves Leroi

soy una blancucha que vive a tu manera  
de tormenta en tormenta.

Perdona si no insisto demasiado en cosas  
como flor o pájaro o cuchillo o mis oleajes  
muchedumbrosos o mi piel sonambular,  
soy de carne y hueso, como quien dice, y tengo  
el mismo olfato que tienes  
cuando hueles los destinos futuros de  
Wall Street.

Pero mira bien Leroi,  
que entre las cuevas ceñidas por las grandes  
ramplas  
que entre la antigua música de todos  
los bosquejos  
estamos igualmente envueltos.

Escúchame Leroi:  
voy a escribirte cartas con mis manos furiosas  
inventadas para el amor,  
con esta lengua que desmiente las metáforas  
y los lenguajes,  
porque es necesario decir las frases más

cercanas, las más dolorosas y tiernas,  
es necesario Leroi, subvertir todo lo que  
nos queda vivo al paso,  
de cada hombre a pedazos por la miseria,  
la impiedad o huecos del dolor,  
hacer un hombre entero, disparado  
sobre todos los mitos de la historia.  
Amorosamente te escribo LeRoi  
como si anduviéramos por el Bronx o Manhattan  
o Chicago,  
al pie de tus heridas, con toda la locura  
y la pasión, como viejos leñadores alzados.

(1969)